

Crónicas de la Revolución mexicana en Blasco Ibáñez y Martín Luis Guzmán: semejanzas discursivas, coincidencias e ideologías¹

Eva Giménez Cotanda

(Universitat de Barcelona, España)²

Resumen: Entre 1919 y 1920, el escritor español Blasco Ibáñez viaja a México invitado por el presidente Venustiano Carranza. Como político republicano, escritor y periodista, fundador de su diario *El Pueblo* en 1894, escribe en primera persona sobre la Revolución mexicana y crea un material documental que le suscitará problemas entre los gobernantes revolucionarios de México y lo apartará de publicar la novela que estaba preparando, motivo inicial de su viaje. De ahí creará el ensayo político *El militarismo mejicano* y la novela *El águila y la serpiente*, ambas sobre México y la Revolución. Esta novela quedó finalmente inédita y fue también el título de una obra pocos años más tarde de su coetáneo mexicano: Martín Luis Guzmán. *El militarismo mejicano* es un conjunto de artículos que Blasco Ibáñez envió al diario *The New York Times* durante el conflicto revolucionario, publicados entre el 16 de mayo y el 16 de junio de 1920. En ellos refleja de manera directa y sin rodeos la imagen que percibió del México revolucionario, muy distinta a la que proyectaba en su novela, con tonos más exóticos y escapistas, aunque no exentos de ideología y opiniones personales en torno al desencanto con la Revolución, del mismo modo que lo hizo Martín Luis Guzmán años más tarde. Pero la diferencia es que estos artículos tuvieron una repercusión inesperada muy distinta a la que hubiera tenido su novela, que quizás una vez publicada hubiera pasado desapercibida, sin pena ni gloria, entre los mexicanos.

Palabras clave: Militarismo, Dictadura, Anarquía, Ideales, Indígena.

Abstract: From 1919 to 1920 the Spanish writer Blasco Ibáñez was invited to go to Mexico by the President, Venustiano Carranza. As a republican politician, writer, journalist and also founder of the newspaper *El Pueblo* in 1894, he wrote in first person narrative about the Mexican Revolution and produced a documentary material that caused troubles among the Mexican governing authorities. That was the reason of giving up his Mexican first project, the novel *El Águila y la Serpiente* that kept unpublished, and continuing his task about the same subject with a current political essay, *El Militarismo Mejicano*. The novel's title was the same one in a different novel, some years later, whose author was a Blasco Ibáñez Mexican coetaneous: Martín Luis Guzmán. *El Militarismo*

1. Título y texto de la ponencia presentada en el *I Congreso Internacional de Literatura Mexicana, siglos XIX y XX. Rescate y edición, Prensa y literatura, Géneros literarios, Historias*. Instituto de Investigaciones Filológicas (UNAM), 18 al 23 de junio de 2018, Ciudad de México.

2. Máster en Estudios Literarios, Universidad de Alicante (2012) con la tesis de fin de Máster titulada *La Revolución mexicana en la obra ensayística y narrativa inédita de Blasco Ibáñez y sus similitudes con Martín Luis Guzmán*. Actualmente doctoranda en Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Barcelona.

Mejicano is a compilation of all the articles that Blasco Ibáñez sent to *The New York Times* newspaper during the Mexican conflict that were published since 16th May to 16th June in 1920. It is reflected, with real direct discourse, the idea he caught about the revolutionary country, really different to his novel's first appearance, written with more exotic and escapist features, although not free of ideology and personal opinions about the disappointment with Revolution, the same point of view that Martín Luis Guzmán expressed on his following novel. However, these articles had an unexpected and different impact from the unpublished novel as a result, considering that in case of publication it had been nearly unknown, almost unnoticed, among Mexicans.

Keywords: Militarism, Dictatorship, Anarchy, Ideals, Indigenous.

Recibido: 12 de abril. *Aceptado:* 12 de junio.

La estancia de Blasco Ibáñez en México y sus impresiones sobre la Revolución mexicana, tanto en la prensa neoyorquina como en su manuscrito inédito, en paralelo a la novela *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, fue la premisa y el resultado de una investigación presentada en la Universidad de Alicante en el año 2012, en la que se descubrieron muchas facetas desconocidas de Blasco Ibáñez, como la imbricación en un país latinoamericano de forma menos oficialista que en otros lugares que visitó, como fue el caso de Argentina. Pasó de ser un mero espectador receptor del relato oficial de Carranza a un cronista en primera línea de la contienda. El resultado fue un conjunto de artículos publicados en el diario *The New York Times* y publicados después en su obra *El militarismo mejicano. Estudios publicados en los principales diarios de Estados Unidos*, que germinaron a raíz de un cambio de perspectiva y discurso sobre México y su Revolución de lo que previamente iba a ser una novela titulada *El águila y la serpiente*,³ la cual quedó inédita.

Esta novela es una visión del México revolucionario donde se describen episodios de un país cuyo protagonista colectivo es el pueblo mexicano visto desde el punto de vista de un visitante español que queda fascinado ante la tierra mexicana, su exotismo y su gente, el otro diferenciador y lo indígena, con unas descripciones que rayan el modernismo rescatador de lo autóctono americano. Un anterior viaje antes de sus rutas por América fue en 1907 cuando inicia un recorrido partiendo desde Francia hacia Europa central y Estambul, para crear su libro *Oriente*, algunos de cuyos capítulos se publicaron como artículos en *El Liberal* de Madrid, *La Nación* de Buenos Aires o *El Imparcial* de México, con impresiones de viajero más que de cronista y hablando de aspectos como la convivencia entre religiones, en línea con su pensamiento liberal y republicano.

3. Blasco Ibáñez, Vicente, *El águila y la serpiente* [manuscrito]. Valencia, Biblioteca del MuVIM (Museo Valenciano de la Ilustración y de la Modernidad).

Visitó México invitado por el presidente Carranza con la idea de encontrar un México próspero encaminado hacia el progreso y descubrió para su sorpresa lo contrario. Al igual que hizo en su ciclo de novelas de tendencia social en las que denunciaba los problemas de España a principios de siglo, ahora en 1920 el autor expresa sus impresiones acerca de las incoherencias y contradicciones que aparecen en el México revolucionario, coincidiendo en este desencanto con autores de la Novela de la Revolución, como Mariano Azuela con su novela *Los de abajo*, en la que los diálogos espontáneos y desordenados de sus protagonistas expresan el caos imperante, o las opiniones personales a modo de crónica novelada en *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, editada en 1928 en Madrid por la Compañía Iberoamericana de Publicaciones. Es llamativa la coincidencia de este título con la novela inédita de Blasco Ibáñez, y lo es también los parecidos en algunos aspectos narrativos. Un ejemplo es el primer capítulo de ambas obras, *Camino de México* en Blasco Ibáñez o *La bella espía* en Guzmán, donde el personaje protagonista es una mujer estadounidense. Cada una presenta sus peculiaridades, diferentes en ambas novelas, pero claramente está la presencia de Estados Unidos a través de este personaje. En Blasco Ibáñez ella es aventurera, valiente, atrevida e ingenua en sus diálogos, conversadora cuando viajan en tren, curiosa y reflexiva, mientras que en Martín Luis Guzmán la mujer se presenta como sagaz, astuta, orgullosa de su nación y crédula a la vez que suspicaz en el grupo de hombres con los que viaja. Existe una diferenciación entre ambos personajes paralela a las creencias que los autores tienen de sus respectivos países. Blasco Ibáñez era un adelantado en España con ideas liberales sobre la religión o los debates sobre el sufragio femenino que no llegaría a implantarse hasta la Segunda República, y Martín Luis Guzmán situado en un contexto de soldaderas que participan en la Revolución desde la retaguardia, pero que en el fondo conocen su protagonismo.

Existen en su manuscrito inédito párrafos enteros que elimina, como el referente a la aplicación de la Ley de fugas, y dice tal cual: “Este procedimiento no resultaba nuevo. Era el mismo de las autoridades de Porfirio Díaz con todos los sospechosos. Les aplicaba la llamada ‘ley fuga’, los asesinaban luego de fingir que habían intentado fugarse o resistirse”.

La mezcla con elementos locales y etnográficos del paisaje hacen del texto algo inusual hasta ahora en Blasco Ibáñez cuya escritura anterior mostraba tonos costumbristas y folklóricos de corte naturalista, referidos a la tierra de su ciudad natal, de la cual habló Sarmiento otorgando fama a su huerta y definiéndola como “país bien cultivado como ninguno en España, e irrigado como lo enseñaron los moros”, en su libro *Viajes por África, Europa y América, 1845-47*. El ejemplo de este costumbrismo y regionalismo es la novela *La barraca* de 1898, llevada al cine por Roberto Gavaldón en 1945 y premiada en 1947, con guion adaptado de la hija del autor, exiliada en México desde

1938 hasta su vuelta definitiva del exilio, y cuyo argumento trata de la sumisión al cacique español terrateniente del siglo XIX.

La tierra como protagonista vuelve a Blasco Ibáñez pero desde el paisaje mexicano, privado ahora de elementos cercanos y populares y dotado de rasgos indígenas diferenciadores. Hace descripciones que muestran un atractivo para él poco corriente, como Guadalupe, la novia de Hernando Medina, protagonista de su novela, al dotarla con pupilas de un brillo similar al de los “tímidos animales de las altiplanicies americanas”, con un “cutis de camelia”, el “tono ligeramente azulado de sus labios de húmedo rosa” o la intrusión en ella de “gotas de sangre africana”. Además de incrementar su encanto con atributos como, “Malinche”, “mi india” o “coronela de mi vida”, en boca de Hernando Medina.

El elemento indígena aparece como insólito y singular. Una visión distinta a las interpretaciones que el autor había descrito en textos como *Argentina y sus grandezas*, donde menciona al indio desde la superioridad, aunque desde la visión del político conservador argentino Lucas Ayarragaray. De él menciona su obra titulada *La anarquía argentina y el caudillismo*, de la que dice ser un “interesante estudio social de la intervención política del negro, el mulato y el indio en el desarrollo del pueblo argentino, dando origen al caudillismo y la anarquía, y de la ética de las razas inferiores”, además de opinar que “sus ideas, aunque parezcan discutibles para algunos, ofrecen en conjunto el mérito inapreciable de la originalidad”. Durante estos años, últimas décadas del siglo XIX, empezó la denominada Conquista del desierto o la invasión a las tierras de la Patagonia que acabó con la vida o el sometimiento a la esclavitud de miles de indígenas, ideada por el militar argentino Julio Argentino Roca, presidente de Argentina pocos años después. En una carta de julio de 1908 que escribe Lucas Ayarragaray a Roque Sáenz Peña,⁴ de ideas conservadoras como Ayarragaray y presidente de Argentina solo dos años después, le manifiesta que están asistiendo “a una liquidación general de las influencias más o menos tradicionales” con Roca –ártifice de las invasiones– extenuado y cansado. Habían pasado treinta años desde la Conquista del Desierto para que Blasco Ibáñez tuviera la ocurrencia de viajar al sur de Argentina para ejercer él también de conquistador de tierras, en medio de una quimera de ensoñación americana, aunque de modo diferente a los intereses de sus antecesores políticos argentinos quienes anhelaban someter a los indígenas –la barbarie, para ellos– a la civilización, ya que en este caso la motivación del autor parecía ser una búsqueda de lucro, al igual que los explotadores europeos que habían ido llegando. Así fue su primer contacto con los indígenas de América Latina en medio del fracaso y de la ruina. Es en México cuando de nuevo retoma la tierra latinoamericana para convertir un viaje casi diplomático en una crónica combativa. En su noveno artículo publicado en su serie para el rotativo neoyorquino, “El silencio de México”, publicado el 5 de junio

4. Archivo de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina.

de 1920, cambia su perspectiva sobre la Revolución. Describe en muy pocas líneas su nuevo posicionamiento frente a la revuelta:

Confieso que he modificado mis ideas sobre México, después de haber estado en él y visto las cosas de cerca. A muchos extrañará que un hombre que fue revolucionario en su país trate mal a los revolucionarios mexicanos. ¡Ay! Si todas las revoluciones del mundo tuvieran que ser como las de México, es posible que yo me hiciese conservador. Por lo mismo que soy revolucionario, no puedo transigir con la mentira revolucionaria. (Blasco Ibáñez, 1920)

Y pasa a definirse como antimilitarista y amante de América Latina, además de español que detesta a “los hombres que excitan la dormida barbarie de los indígenas”.

Sobre la Revolución también hay opiniones vertidas por su periódico *El Pueblo*, referidas al indio, su falta de voluntad y su sometimiento al ejército revolucionario, no exentas de un humor incómodo y molesto para los mexicanos por lo que se dice también de México y de los revolucionarios, publicadas el mismo año 1920:

Méjico queda nuevamente entregado a la anarquía. El civilismo, que había triunfado con Carranza, es vencido por el caudillismo. Vuelven a actuar los Villa y los Vázquez Gómez, los Obregón y los Orozco, los Díaz y los González. Uno de ellos, el más audaz y afortunado, se instalará en la Casa Rosada y convocará un Congreso de parciales. Y a los pocos meses, y quizá a las pocas semanas, otro indio o mestizo, hecho general de prisa y corriendo, analfabeto y sanguinario, primitivo y estremecido por bárbaras pasiones, se pondrá al frente de una guarnición, de una columna, de un puñado de peones cansados de trabajar en las haciendas y de comer frijoles y de sentir sobre sus espaldas el crujido del látigo del capataz, y comenzará otra guerra civil.⁵

También hay alusiones parecidas en su novela inédita. Al referirse a los indios yaquis del norte como los partícipes de la Revolución, decía de ellos que “se dejaban convencer fácilmente por los revolucionarios con la esperanza de que les librarían de unas innovaciones tan vergonzosas”, en referencia al telégrafo y al ferrocarril implantado por Porfirio Díaz.

En consonancia con esta última idea del indio habla Martín Luis Guzmán (1984) en algunos de sus artículos. Pero lo hace también desde su lado épico y singular en su obra *Otras páginas* -recopilación de diversos trabajos escritos entre 1915 y 1918- a propósito de una plática pronunciada en Tlahuác, con motivo de la inauguración de la biblioteca popular, la Biblioteca Quetzalcoátl. Al hablar de este personaje indígena se dirige a él como un rey amante de la cultura que inculcaba a su pueblo “las nociones del bien y de la virtud”, y como un dios después de su muerte, “un ser inmortal quien siguió simbolizando para su pueblo la bienhechora acción del saber, la salud de su cuerpo y del espíritu, solo posible en aquellos que se gobiernan de acuerdo con la razón y no a impulsos de la ignorancia, siempre pasional, siempre torpe y siempre ciega”. Una descripción

5. “Carranza, el traicionado”, en *El Pueblo*, 14 de mayo de 1920.

épica del indígena que lo califica como un héroe en sus dos conocidas versiones, tanto la real como la literaria mítica.

En su ensayo *La inconsciencia moral del indígena*, publicado en *La querrela de México*, lo describe como un explotado, pero afirma que nunca ha tenido moral por ser su sociedad inhumana y antropofágica. De manos del cacique cruel pasó a las del español sin piedad y a las del fraile sin virtud. Desde la conquista ha estado sumiso, sin consciencia e indiferente al bien y al mal. Nada exige y nada provoca, y concluye: “en la totalidad de la vida social mexicana no tiene más influencia que la de un accidente geográfico”. Su postura es, además de irónica, escéptica respecto a los indígenas, a los cuales se refiere como una masa que solo hipócritamente puede acusársela de ser elemento dinámico determinante ya que continúa siendo un perro fiel que sigue los designios de su amo.

Sobre el indio hay referencias de otros autores de la Revolución, como Gregorio López y Fuentes, también periodista, donde en su novela *El indio*, de 1935, refleja su importancia para la creación de la nacionalidad mexicana, reconocido desde la Revolución como “una fuerza social nueva y necesaria para la integración nacional”, unido a la importancia de dotarlo de recursos, como señala Antonio Magaña-Esquivel (López y Fuentes, 1986) en la edición de Porrúa. El indio se une a la tropa revolucionaria con el pueblo como nuevo personaje, y el indígena tiene que dejar su papel de oprimido. Respecto a esta novela, de nuevo aparece *The New York Times* con una reseña para situar esta obra a la altura de *Los de abajo* y *El águila y la serpiente*. Mariano Azuela, con el inicio del ciclo de la Novela de la Revolución, continuó las pautas de corrientes literarias como el indigenismo y siguió la tradición de la Novela de la tierra.

La idea de lo indígena y de las tierras usurpadas por los regímenes dictatoriales fue un motivo de escisión zapatista de la Revolución. El lema *Tierra y Libertad*, atribuido popularmente a Emiliano Zapata, ya apareció como lema de los hermanos anarquistas Flores Magón en sus artículos *Tierra*, de octubre de 1910, y *La revolución*, de noviembre del mismo año, ambos publicados en el periódico *Regeneración*,⁶ lema que fue a su vez tomado del grupo *Tierra y Libertad* de fines del siglo XIX en Rusia y de ideología fundamentada también en la revuelta social del campesinado (Yarmolinsky, 1959). En México puede establecerse una analogía entre lo indígena, lo campesino y lo anárquico, tres vocablos dotados de elementos comunes a cualquier símbolo de resistencia a la autoridad, sobre todo si es despótica. La anarquía que choca con otro tipo de anarquía que es el desorden posrevolucionario, la que genera de nuevo una dictadura, como afirma Octavio Paz (1979). Se construye así un círculo vicioso que transforma un estado revolucionario en lo opuesto.

6. Archivo digital de Ricardo Flores Magón.

Podría decirse que Blasco Ibáñez comenzó un viaje optimista alentado por un contexto de utopía revolucionaria, plagada de colores exóticos y de otredades, para seguir por la senda de la decepción y el desencanto y concluir en una distopía alienante a la Revolución. La libertad se convirtió en un sometimiento a la autoridad, y el desorden revolucionario provisto de anarquía iba derivando en dictadura.

Los artículos de Blasco Ibáñez fueron traducidos al inglés de manera que el título de cada uno de ellos aparece en el mismo cuerpo del texto, y después se emplean llamativos y largos titulares con valoraciones subjetivas del rotativo. Sobre las soldaderas, Blasco Ibáñez las describe desde la perspectiva de la novedad del extranjero. Al contrario que los mexicanos, no las somete como mujeres de retaguardia, sino que se sorprende al verlas como acompañantes de revolucionarios. Para él es otro ejemplo de desorden y de ejército improvisado, y las sitúa al mismo nivel que los hombres, al decir de ellas:

Durante las marchas, las soldaderas van a vanguardia, adelantándose varios kilómetros a las tropas, para que el hombre, al llegar, encuentre encendido el fuego y lista la comida. Pueblos y aldeas temen más a las mujeres de los soldados que a los mismos soldados, a pesar de que estos no tienen más que vagas nociones sobre el respeto de la vida y de la propiedad. Las soldaderas caminan días enteros con un niño en cada mano, otro invisible que espera el momento de aparecer y va delante, meciéndose al compás de la marcha maternal, dentro de su prisión esférica, un lío de mantas y colchonetas sobre la cabeza y muchas veces como remate un loro. Y esta mujer que parece tan ocupada con su impedimenta es temible. Por donde ella pasa, no queda árbol con fruta, campo con verdura, corral con gallina, ni establo con cerdo. Todo se lo lleva por delante; la tierra la deja a sus espaldas seca y yerma como si fuese una nube de langosta. (Blasco Ibáñez, 1920)

Ellas, según Elena Poniatowska (1999), se llevaron la peor parte de la Revolución, y las describe, documentándose en testimonios, como mujeres de retaguardia. Incluso afirma que los caballos recibieron mejor trato que ellas. Sin embargo las sitúa como las verdaderas protagonistas ya que sin ellas no hubiera habido Revolución, la que mantenían “viva y fecunda, como a la tierra”.

El personaje femenino del primer capítulo de *El águila y la serpiente* de las dos novelas homónimas es tratado de diferente manera en cada una de ellas. Este personaje es una espía en la novela de Martín Luis Guzmán, al igual que algunas afamadas soldaderas retratadas por Elena Poniatowska, por citar algunas entre tantas, como Florinda Lazos León, enfermera y correo del Ejército Libertador del Sur, la mencionada teniente Petra Ruiz, quien se disfrazó de hombre y se hizo llamar “Pedro”, o Juana Ramona viuda de Flores, apodada “La tigresa”. Hay diferencia con la protagonista de la novela de Blasco Ibáñez quien es presentada con las facetas de viajera independiente, experta en la guerra como enfermera y también periodista.

También destaca Elena Poniatowska la diferencia entre Zapata y el resto de revolucionarios a la hora de tratar a estas guerrilleras. Zapata es el único de todos que no las

humilla -dice la autora-, y esto es un rasgo relevante ya que es el único que pretende una Revolución desprovista de cualquier autoritarismo, que tenga en cuenta los intereses de los más desfavorecidos, y en este caso incluye a las mujeres. Un ejemplo que muestra la autora es cómo Petra Ruiz destaca por su atuendo masculino y es ascendida a teniente mientras Pancho Villa le hace sombra y oculta su nombre. Otra de estas soldaderas, Nellie Campobello, escritora de la Revolución, la presenta por su gesto de prestar a Martín Luis Guzmán el archivo sobre Villa para después escribir su obra *Memorias de Pancho Villa*. La obra de ella, *Los apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, fue editada sin embargo por él en 1940, dos años después, pero no tuvo tanta resonancia, “no por falta de méritos”, dice Elena Poniatowska, sino “porque la autora no podía vencer su doble condición: mujer y mexicana”.

La coincidencia de títulos en las novelas de ambos autores resulta enigmática. Ambos eran editores y por lo que escribe Guzmán en su novela, tenía referencias sobradamente conocidas de la etapa de Blasco Ibáñez como editor. En su novela, Martín Luis Guzmán hace una mención desdeñosa y casi sarcástica a ediciones Sempere, la editorial fundada hacia el año 1900 por Francisco Sempere, amigo de Blasco Ibáñez, que después pasó a ser una sociedad entre ambos a partir de 1914, llamándose entonces editorial Prometeo. Con esta mención se refiere a esta editorial como difusora de “latinidad barata, propia de la oratoria de algunos revolucionarios al igual que la que se practicaba en Roma en el siglo de Augusto, sin estar desprovista de brío y linaje”. Dentro de este contexto editorial, su novela de 1928 coincidió en título, episodios narrativos -sobre todo al principio- y personaje femenino con la novela de Blasco Ibáñez. Además, existen coincidencias en la descripción de ambientes, como las estaciones del tren o los vagones hacinados de gente, colmados de miseria transformados en pueblos, dice Blasco Ibáñez, o las menciones a las acampadas en pleno tren o los improvisados braseros que describe Martín Luis Guzmán.

En cuanto a estilos, la crónica novelada de Martín Luis Guzmán funde el periodismo y la literatura de una manera prodigiosa, su historia está repleta de metáforas y símiles, y tiene párrafos casi poéticos. La novela de Blasco Ibáñez es similar a una novela de tesis por verter en ella opiniones sin tapujos. En esta tesitura comenzó sus crónicas publicadas en el diario neoyorquino desde el 16 de mayo hasta el 6 de junio de 1920, anunciadas previamente a través de declaraciones a la prensa estadounidense que salieron publicadas en *El Pueblo*.⁷ El escritor convirtió su historia novelada en artículos rebosantes de sarcasmo, ironía y lanzamiento de dardos por doquier sin ningún tipo de clemencia, lo que le causó la animadversión de los revolucionarios quienes lo amenazaron

7. “Habla Blasco Ibáñez”, en *El Pueblo*, 17 de julio 1920 (y cuya fuente es el *Heraldo de Madrid* de esa noche titulado “Una obra nueva de Blasco Ibáñez -El águila y la serpiente- Interesantes declaraciones del autor”).

a través de un “cartel de desafío”, cuyo responsable fue el general Barragán, apodado por Blasco Ibáñez “el Apolo de la Revolución” por “su físico deslumbrante como recién salido de una caja de barniz”, desafío publicado en *La Voz* (Madrid) y en el *Heraldo de Madrid*.⁸ En la noticia, muy breve, se comentaba lo siguiente: “Los periódicos califican de ridículo este desafío y aseguran que el señor Blasco Ibáñez no ha respondido ni responderá”. Su libro, *El militarismo mejicano*, ya estaba publicado.

De su primera impresión aventurera, viajera y exótica, se posiciona después desde una mirada escéptica y amarga al lado del periodismo provocador e irónico, convirtiendo así su obra en el testimonio más sincero de la Revolución mexicana visto por un extranjero. Sin embargo, coincidió con sus coetáneos y no se equivocó en la perspectiva de situar a la Revolución en el lado del desencanto y la decepción. Y así fue como se convirtió en un narrador de la Revolución desde la cual su seña de identidad fue el humor y el sarcasmo.

Este hostigamiento quedó patente años más tarde al aparecer en la prensa mexicana una alusión a Blasco Ibáñez en una crónica redactada en primera persona por Alberto Salinas Carranza -sobrino del presidente, militar y aviador mexicano- en un ejemplar del diario *Excélsior*⁹ del año 1937, donde recuerda cómo lo conoció en una de las comidas y cenas informales que celebraba el presidente Carranza, a las cuales solían asistir ministros de Estado, militares altos funcionarios del gobierno, y artistas y escritores nacionales y extranjeros. Ese día habían asistido, junto a Blasco Ibáñez, Luis Cabrera o el general Barragán. La crónica informa en su titular sobre el proyecto que tenía el autor de publicar su libro en México, pero no fue así, como consta en el subtítulo: “Pedía que el Gobierno hiciera la edición y que le pagara además 60.000 pesos. Don Venustiano no aceptó y el novelista salió disgustado de México”. Desde el desdén y desde la parodia más hiriente tiene párrafos que caricaturizan al autor español dejándolo caer en la más completa desgracia. Dice directamente Salinas Carranza que “mejor hubiera sido no haberlo visto de cerca ni escucharlo”.

En la misma crónica se relata cómo Blasco Ibáñez había hablado anteriormente sobre su viaje a México con el secretario de Relaciones Exteriores, el general Aguilar, con quien se encontró en Nueva York y a quien le expresó su “deseo de hacer un viaje a México, pues tenía pensado escribir un libro sobre los problemas mexicanos, la obra revolucionaria, sus conquistas, etc., todo lo cual hacía que México fuese para él el país más interesante en ese momento histórico”. Y prosigue el aviador-cronista al decir que “era preciso hacer conocer el mundo que con tanta injusticia comentaba las cosas de México, la verdad sobre nuestra legislación, nuestras luchas, nuestros hombres”. Aguilar

8. 23 y 24 de agosto de 1920.

9. Archivo del Ateneo Español de México (Ciudad de México). Este párrafo fue añadido en los días posteriores a esta ponencia.

le prometió en aquella conversación que “México se honraría con la visita de tal insigne escritor” y sería recibido por el gobierno en México como “huésped distinguido del Estado, si las ocupaciones del novelista le permitiesen hacer un viaje al país vecino”.

A pesar de toda la sátira que envuelve la crónica de *Excélsior*, contada con todo detalle sobre cualquier instante de la cena o sobre algún rasgo físico o algún ademán notable del novelista, o sobre su fisonomía, siempre caricaturizada, Salinas Carranza lo introduce al principio, cuando nada más llegar a la terraza del alcázar del castillo lo encuentra allí y lo reconoce al decir que de él había leído algunos libros y que sobre él “se daba cuenta en los diarios de su llegada a México y también de algunos banquetes que la proverbial hospitalidad mexicana le habían bridado, tanto por parte del Gobierno, como de la ciudad, algunas sociedades literarias o artísticas y sus paisanos”. Pero acto seguido lo presenta como alguien de “palabra fácil, con soltura propia de quien está acostumbrado a que se le escuche” cuando habla: “Me ha causado un gran placer mi llegada a México, sobre todo procedente de los Estados Unidos, uno se halla aquí como en un oasis”. Idea sobre el país vecino que irá remodelando a lo largo de su estancia en México durante el relato de sus crónicas sobre la Revolución.

Volviendo a las similitudes discursivas con Martín Luis Guzmán, el autor mexicano publicó en 1920 su obra *A orillas del Hudson*, un conjunto de artículos escritos en la ciudad de Nueva York y publicados entre 1916 y 1919 por dos periódicos mexicanos, la *Revista Universal* y *El Gráfico*. Este libro se publicó en 1920, el mismo año que *El militarismo mexicano* de Blasco Ibáñez. Dedicó páginas a varios ensayos y trata de temas revolucionarios, con referencias a Francisco Madero o la relación entre México y Estados Unidos. Otros artículos fueron recopilados en el volumen titulado *Otras páginas*, algunos de ellos discursos y pláticas, o editoriales en *El Herald de México* entre 1919 y 1920, dedicados también a temas y personajes de la Revolución. Temas comunes y unas líneas discursivas similares donde Martín Luis Guzmán involucra al lector con elementos parecidos a los de Blasco Ibáñez como el uso de la pregunta retórica o las exclamaciones. El elemento humorístico empleado en *El militarismo mejicano* puede verse en todas las referencias al hablar de cada uno de los personajes, donde a nadie excluye de las críticas mordaces y sarcásticas, extrayendo lo más grotesco de cada uno y rozando el esperpento. Un ejemplo es la descripción de Álvaro Obregón, de quién se regocija en mencionar varias veces que le falta un brazo, y lo describe recurriendo a la animalización:

Los hombres de acometividad ofrecen todos una lejana semejanza con una ave o un cuadrúpedo de presa. Los hay delgados y picudos como águilas; otros, melencidos y arrogantes como leones; otros ondulantes y misteriosos como tigres. Obregón, corto de pescuezo, ancho de hombros, con unos ojillos penetrantes y fieros en ciertos momentos, recuerdan al jabalí (...). La falta de un brazo sirve para que todo el mundo lo conozca desde lejos y lo salude con entusiasmo. (Blasco Ibáñez, 1920)

O cómo compite, a veces de manera ridícula, con su contrincante, Pablo González, quien es descrito siempre como hombre serio y prudente y a quien se refiere como el que sabe escoger su hora para dar un golpe, pero en este caso un segundo golpe ya que Obregón es siempre quien da el primero. Sin embargo, a pesar de su jocosidad lo define como un gran orador. Guzmán empleó el recurso de la animalización en *El águila y la serpiente* para describir a Pancho Villa de quien decía tener “alma de jaguar”, temido por todos por si daba algún zarpazo. Pero es Blasco Ibáñez quien emplea este recurso con un humor chispeante. Sobre estas dotes de oratoria y la competencia con Pablo González también habla Martín Luis Guzmán, empleando también el humor y la burla, y dice de él en *Otras páginas*:

Las declaraciones del general Pablo González publicadas ayer en *El Universal* se suman a los prolegómenos de las elecciones. Ya uno de los candidatos había hablado; el otro habla ahora, valido quizás de la experiencia del primero. Y el público, atento al desarrollo de la contienda-indiferente, en el fondo, a la disputa personal de dos señores dispuestos a gobernarnos- no puede menos que referir unas a otras las palabras de ambos personajes, mientras los amigos se proponen sacar algunas ventajas, agenciarse más adeptos en vista de tal confrontación. El mero artificio de expresar el general González sus ideas como comentario a la tesis del general contrincante, es ya un arma de pelea. (Martín Luis Guzmán, 1984)

Crítica también el manifiesto de Álvaro Obregón y se mofa de la campaña electoral con sus habituales métodos de llegar a la presidencia en México. Se refiere a la política como la “politiquería mexicana, o sea, el arte de llegar al poder y conservarlo” y critica la costumbre de los mexicanos de elegir a sus candidatos, de la que dice:

El pueblo de México no tiene ideas políticas definidas, ideas traducibles en palabras y generadoras de una voluntad; solo siente su derecho a mejor vida, su derecho a salvarse, y, animado de este sentimiento, busca un salvador, un redentor, un hombre al cual llega por el entusiasmo, por la fe, y no por un compromiso entre electores y elegido. (Martín Luis Guzmán, 1984)

Blasco Ibáñez había escrito sobre temas sociales después de su ciclo inicial de novelas regionalistas y naturalistas cuando vivió en Madrid, antes de dar el salto a América. Después de su novela *Oriente y Estambul* como escenario mostrará su encanto con Argentina a través de la novela y el ensayo. Su viaje a México será su segundo éxito en Estados Unidos después del reconocimiento en este país de su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, enmarcada en la guerra europea. En un artículo de 1895 titulado “Las reformas de Cuba y Puerto Rico” ya se refirió a los indígenas americanos al hablar de su esclavitud en las colonias españolas de Cuba y Puerto Rico, lugares en los que fracasaron las leyes destinadas a frenar las “más duras vejaciones” y “la esclavitud más bárbara”. No fue menos directo que ahora al decir sobre aquello lo siguiente: “Caían allí rotas y despedazadas nuestras leyes, no solo a los pies de los soldados, sino también al de los magistrados, que no parecían vestir la toga sino para encubrir crímenes”. De igual modo

se posiciona a favor de la paz y en contra de la guerra en Cuba en su artículo en *El Pueblo* de 1895 “El pueblo no quiere la guerra”. Toma partido de nuevo en México para hablar sin rodeos de una situación que va descontrolándose, externa a sus expectativas iniciales. La diferencia con sus coetáneos mexicanos es que quizás él escribiera desde la intuición, pero consigue posicionarse frente al militarismo y frente a la violencia al lado de los escritores revolucionarios, mostrando su asombro desde el humor. La idea del desencanto era evidente y Blasco Ibáñez la retratará desde el sarcasmo, el escepticismo y el pesimismo, enfrentado a su optimismo sobre Argentina.

Cabe preguntarse qué ideología es la que movía a los autores de la Novela de la Revolución y qué ideología movía a Blasco Ibáñez cuando pisó México. Más que ideologías, la Revolución se movió por ideales y creencias que ansiaban la igualdad y la equidad. Así lo dice Luis Cervantes, el intelectual idealista de *Los de abajo* (Azuela, 2003): “Esto es lo que se llama luchar por principios, tener ideales”, que choca irónicamente con la inexistencia de rumbo del resto de personajes, como el revolucionario Solís, quien exclama lo “hermosa que es la Revolución aun en su misma barbarie.”

Emmanuel Carballo (López y Fuentes; Urquizo; Muñoz, 1975) se refiere a la prosa realista de la Revolución como aquella que “defiende posiciones partidarias”. Y presenta como seguidores de los primeros prosistas de la Revolución a un conjunto de burócratas que identificaba el realismo con el idealismo, la política con los intereses de gobierno, el arte con la propaganda y la vida con la consigna”, entre ellos José Mancisidor o Mauricio Magdaleno. Este contexto de la prosa realista lo ejemplifica en la edición al libro *Tres grandes novelas de la Revolución*, entre las que se encuentra *Campamento* (1931), de Gregorio López y Fuentes, donde al igual que en las otras la ideología es un elemento secundario y la idea imperante es la de justicia frente a la opresión.

Un ideal común de las novelas de la Revolución es el objetivo de derrotar al caciquismo. Blasco Ibáñez traía de Europa una ideología contraria al conservadurismo. De ideas siempre republicanas, entendidas como opuestas a los valores tradicionales y monárquicos, creó su propio partido político y hacia 1909 se desvinculó de otras corrientes de corte federalista imperantes en España desde su postura más provincialista. Un poco antes de 1909 dejó el gobierno de su diario *El Pueblo* al periodista y político Félix Azzati y se dedicó a viajar a América, por lo que puede considerarse una segunda etapa de su vida la publicación de *Argentina y sus grandezas*. Posteriormente el republicanismo y sus escisiones continuaría franqueando la dictadura española de Primo de Rivera y más tarde el franquismo con el relato de los exiliados.

Otros escritores, como el argentino Leopoldo Lugones, han opinado desde la prensa sobre México y su revolución. En la publicación editada en francés que él dirigió desde París en 1914, *Revue Sud-Américaine*, traducida por Emilio Carilla (1974) como

La revista de Lugones, escribe sus opiniones sobre la Revolución mexicana y la relación de México con Estados Unidos. El autor era conocido por los revolucionarios por sus escritos liberales -cuenta su hijo en la biografía que escribió sobre él- y fueron a verlo hasta París para que conociera las causas de la Revolución. En la revista escriben también articulistas mexicanos con cargos políticos y académicos, como Carlos Pereyra o Miguel Díaz Lombardo. En una carta de 2 de abril de 1914 dirigida a Leopoldo Lugones,¹⁰ el veracruzano Rafael de Zayas Enríquez, nacido en una familia fundadora de cabeceras de prensa, además de político, se ofrece para colaborar en la revista de Lugones para tratar asuntos referentes a México que “tomen en consideración la política wilsoniana” ya que “es el verdadero pivote del conflicto”, y alude a estos dos articulistas colaboradores como quienes “no tratan de la trascendencia enorme que tiene esa política para todas las naciones latinoamericanas, y para la industria, el comercio, y la banca de Europa”. De ellos también dice que tratan estos asuntos “desde el punto de vista que se encuentra colocado por sus afecciones y compromisos políticos, aunque sin caer en el sectarismo”.

En el artículo que abre el primer número de los siete que se editaron, *Le panaméricanisme* (Lugones, 1914), habla de su postura respecto al papel de Estados Unidos en México durante su Revolución y en el resto de América Latina con la doctrina Monroe. La defiende como importante para la seguridad americana pero resalta el interés particular de Estados Unidos respecto a ella. Por otro lado, destaca la serenidad del presidente Wilson frente a las críticas de la prensa que lo ven incapaz de intervenir frente al general Huerta en México, aunque habla de un abuso de Estados Unidos y un monopolio, y califica al país como falto de diplomacia. En palabras de Emilio Carilla (1974), en su artículo *La revista de Lugones, sobre la doctrina Monroe y Leopoldo Lugones*, dice este autor: “Ni ataque desorbitado, ni panegírico ciego. En síntesis, prevenciones acerca de su poder (al mismo tiempo que fustiga debilidades ajenas) y aceptación de su influencia, cuando esa influencia puede llegar por caminos claros”. Además, la política argentina de entonces no veía a Europa como una amenaza externa sino como todo lo contrario, a pesar de que el contexto europeo era de un “aumento monstruoso del militarismo europeo”, calificado así por Lugones en su artículo citado de 1914, por la inminente guerra.

En 1918 Leopoldo Lugones fue espectador de la reforma universitaria de Córdoba, en Argentina, otra revuelta que fue desencadenante de reformas en América Latina. Las revueltas estudiantiles posteriores han continuado la cadena de protestas juveniles anhelantes de cambiar las tradiciones anquilosadas del siglo anterior, empapadas de burocracia y autoritarismo, como la revuelta estudiantil de 1968 en Ciudad de México.

Octavio Paz (1979) tiene su propia versión del autoritarismo que impera en todos los sistemas políticos. En México proviene de los aztecas y sus jerarquías, sistema

10. Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Buenos Aires).

que heredaron los conquistadores. Para aquellos la autoridad se imponía a través del sacrificio y los ritos, para estos otros a través de las hazañas. El indígena tiene esa doble vertiente, la mítica autóctona americana, y la real tirana similar al despotismo europeo. La otredad es lo exótico para el europeo, mientras que para Octavio Paz la otredad es la máscara del mexicano. Lo describe como el otro México, el sumergido y el reprimido, con sus complejos y estructuras mentales, que aparece en el México moderno, pero se oculta y de nuevo aparece como rostro real mostrando sus contradicciones, afirmaciones y negaciones. La realidad se enfrenta a la irrealidad, como los estudiantes del 68 que oscilaban entre una crítica real y una acción irreal. Y como resultado, el estupor hecho de resignación satisfecha, señala en *Posdata*.

En la misma obra, de 1969, ya hablaba también de la burocracia de los partidos políticos y de los sindicatos, de la corrupción o del monopolio de la información, de las cárceles de las palabras que son los discursos oficialistas, sistemas que continúan aflorando. Acerca de la matanza en la plaza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968 dice que fue la irrupción del pasado azteca de nuevo entre los mexicanos. Desde la creación del Partido Nacional Revolucionario en 1929 hasta su continuidad con el cambio de nombre en 1946, se ha asegurado la pervivencia de una dictadura que funciona como un organismo burocrático que cumple funciones político-administrativas a través de la manipulación y el control. En la Revolución mexicana se ideó un régimen de dictadura, aunque esta vez limitada frente a la antigua dictadura del caudillo, y los métodos para promocionar dentro de su partido eran los mismos que en cualquier burocracia: disciplina, respeto a las jerarquías, antigüedad, habilidad, suavidad o astucia, entre otros rasgos. Raíz azteca en México y raíz hispano-árabe en el mundo hispánico como raíces de la autoridad. Blasco Ibáñez se quedó en su manuscrito inédito con la idea modernista del indígena exótico. Es a partir de sus artículos cuando su crítica más ácida pasa a la acción desde un diario de máxima tirada en Estados Unidos. Además de su percepción del indio como alguien indefenso o inactivo, habla también de él como alguien dotado de rasgos guerreros, en consonancia con su pasado azteca, y lo enjuicia esta vez con una inevitable y osada comparación con el blanco, del que dice ser –de nuevo los prejuicios– el civilizado, para concluir que “los hombres puramente civiles son los hombres de estudio e intelectuales, casi siempre blancos, pero nunca alcanzan el poder porque no han sido hombres de caballo y machete, que son los de origen indio o mestizo”. Y sigue haciendo referencia al pasado azteca y a su comparación con el militarismo del mexicano revolucionario: “Los mejicanos del pueblo descenden de aquellos aztecas, magníficos jardineros que cultivaban con amor las flores y al mismo tiempo les arrancaban el corazón, estando vivos, a unos cuantos millares de prisioneros en cada una de sus fiestas religiosas. Poesía y sangre; sentimentalismo y muerte”.

Por último, las alusiones a los fusilamientos y a la muerte aparecen desde la perspectiva más escapista y menos realista en Julio Torri, quien escribió fuera de la corriente testimonial de los escritores de la Revolución mexicana que es, como la describe Emmanuel Carballo (López y Fuentes; Urquizo; Muñoz, 1975), la prosa imaginativa, la que no trata de los hechos históricos y de la violencia de la Revolución, sino de la subjetividad y de la visión del mundo de los críticos a la cultura paternalista de Porfirio Díaz. Una de sus obras es *De Fusilamientos* (Torri, 1964) donde esta práctica es tratada –desde una postura irónica y fuera de lo prosaico– como “una institución que adolece de algunos inconvenientes en la actualidad”, entre ellos que “hasta para morir se precisa madrugar”, o cómo “se han ido las buenas maneras y el decoro de los jefes de escolta” ante tal escenario en su “áspera ocupación de mandar y castigar”, para acabar hablando del público, “gente de humilde extracción, de tosca sensibilidad y de pésimo gusto en artes”. Y acabar burlándose de los “especialistas de fusilamientos en la prensa periódica”, que son los que escriben de teatros y deportes. El libro se publicó años más tarde, en 1940.

Bibliografía citada

Azuela, Mariano. *Los de abajo*, Cátedra, Madrid, 2003.

Blasco Ibáñez, Vicente. *El militarismo mejicano. Estudios publicados en los principales diarios de Estados Unidos*, Prometeo, Valencia, 1920.

---. *El militarismo mejicano*, en *Obras Completas II*, Aguilar, Madrid, 1966.

---. *El águila y la serpiente* [manuscrito], Biblioteca del MuVIM (L19, Caja 1, núm. 1), Valencia.

---. *Argentina y sus grandezas*, La Editorial Española Americana, Madrid, 1910.

---. *Oriente*, en *Obras Completas, II*, Aguilar, Madrid, 1966.

---. “Las reformas de Cuba y Puerto Rico.” *El Pueblo*, 25 de febrero de 1895.

---. “El pueblo no quiere la guerra.” *El Pueblo*, 31 de agosto de 1895.

Carilla, Emilio. “La revista de Lugones, Centro Virtual Cervantes, *THESAURUS* (Tomo XXXIX) n° 3, 1974, pp. 501-25.

Guzmán, Martín Luis. *El águila y la serpiente*, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, 1928.

---. *Obras completas*, tomo I, Fondo de Cultura Económica, 2 tomos, México D.F., 1984.

López y Fuentes, Gregorio. *El indio*, Porrúa, México D.F., 1986.

López y Fuentes, Gregorio, Gral. Francisco L. Urquizo, y Rafael F. Muñoz. *Tres grandes novelas de la revolución*, Novaro, México D.F., 1975.

Lugones, Leopoldo. "Le Panaméricanisme." *Revue Sud-Américaine*, nº 1, 1914, pp. 31-40.

Paz, Octavio. *Posdata*, Siglo XXI, México D.F., 1979.

Poniatowska, Elena. *Las Soldaderas*, Era, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México D.F., 1999.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Viajes por Europa, África i América, 1845-1847*, UNESCO/ALLCA Siglo XX, Madrid, 1993.

Torri, Julio. "De fusilamientos." *Tres libros: Ensayos y poemas. De fusilamientos. Prosas diversas*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1964.

Yarmolinsky, Avraham. *Road to Revolution: A Century of Russian Radicalism*. The Macmillan Company, New York, 1959. (Recuperado de www.ditext.com., versión de 1956 para la edición de Collier Books).